

LEJOS...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

TRAS haber rebuscado inútilmente entre todas sus prendas de vestir, y después de exclamar: ¡*Cochino diablo!* un sinnúmero de veces, entre bufidos, gruñidos y toda suerte de gestos iracundos, al fin Pedro Milio (o *don Paranza*, como le llamaban en la localidad) sintió la necesidad de ofrecerse un desfogue yendo a gritar junto al tabique divisorio de su habitación y la que ocupaba su sobrina Venerina:

—¡Duerme, querida, duerme hasta mediodía si quieres! Te advierto, sin embargo, que hoy no seré yo el tonto que coja peces para ti.

Y realmente aquella mañana don Paranza no podía salir a la pesca, como acostumbraba desde tantos años. Tenía (¡cochino diablo!) que vestirse de gala, o *empavesarse*, según él decía. ¡Claro! Porque él era vicecónsul de Suecia y Noruega. Y Venerina, que desde la tarde anterior sabía el próximo arribo del nuevo vapor noruego—eso es—no le había preparado ni la camisa almidonada, ni la corbata, ni los gemelos, ni la levita; nada, en suma.

En dos cajones de la cómoda descubrió, en lugar de las camisas, una fuga de espantadas cucarachas.

—¡Quietas, quietas!—les dijo—. Perdonad la molestia.

En el tercero había una sola camisa, quién sabe desde cuanto tiempo almidonada, toda amarillenta. Don Paranza la sacó con dos dedos, lentamente, temeroso de que también aquella estuviese poblada por los prolíficos animalitos de los pisos superiores; después, al examinar el cuello, la pechera y los puños deshilachados:

—¡Muy bien!—exclamó—. ¿Has echado barba?

Y se puso a frotar los hilachos con un cabo de vela.

Era evidente que todas las demás camisas (que no debían de ser muchas) estaban esperando en el cesto de la ropa blanca a que mandasen a poner en lejía sus tiznes mercantiles de Suecia y Noruega.

Vicecónsul de Escandinavia en Puerto-Empedocles, don Paranza servía, al mismo tiempo, de intérprete en los raros vapores que iban a cargar azufre. Una camisa almidonada por cada vapor: no más de dos o tres al año. Poco gasto de almidón.

Ciertamente no hubiera podido vivir con los escasos ingresos de aquella eventual profesión, sin la ayuda de la pesca diaria y de una mísera pensoncilla por indemnización política. Porque sí, señores, tonto no era solamente desde ayer—como solía decir él—, siempre había sido tonto de remate: había combatido por aquella querida patria y se había arruinado.

Por eso daba algunas veces el nombre de *querida-patria* a su miserable levita.

Venido de Girgenti a vivir en *la Marina*, como a la sazón se llamaban aquellas cuatro casuchas de la playa, sobre cuyas paredes, al soplo del siroco, iban furibundas a estrellarse las olas, recordaba la época en que Puerto-Empedocles sólo poseía aquel pequeño muelle, llamado ahora Muelle Viejo, y la torre alta, sombría, cuadrada, edificada tal vez para presidio de los Aragoneses en tiempos de su dominación, morada de los galeotes condenados a trabajos forzados: los únicos hombres de bien del país, ¡pobrecillos!

¡Entonces sí que le entraba el dinero a montones a Pedro Milio! Para todos los vapores mercantes que arribaban al puerto no había más intérpretes que él y aquella pértiga estevada de Agostino Di Nica, que le seguía los pasos como un falderillo para recoger las migajas que se le perdían. Los capitanes, a cualquier nación que perteneciesen, tenían que contentarse con las cuatro palabras de francés que Milio, impertérrito, les enjaretaba con puro acento siciliano: "*Mossiurre, chiose*", etc.

—¡Pero la amada patria, la amada patria!

Una sola, en realidad, había sido la tontería de don Paranza: la de haber tenido veinte años, cuando el Cuarenta y Ocho. Si hubiera tenido diez o cincuenta, no se habría arruinado. La culpa, pues, fué involuntaria. En lo mejor de los negocios, complicado en conjuras políticas, tuvo que emigrar a Malta. Y la tontería también de tener treinta y dos años cuando el Sesenta, fué consecuencia natural de la primera. Ya en Malta, en la

Valeta, durante aquellos doce años, se había conquistado cierta posición con la ayuda de otros desterrados. ¡Pero el Sesenta! Estremeciase aún al pensarlo. En Milazzo recibió un balazo en el pecho; y no supo aprovechar el regalo que le hizo un soldado borbónico y misericordioso: ¡siguió viviendo!

De regreso a Puerto-Empedocles, se encontró con que el lugar había crecido prodigiosamente, a expensas de la vieja Girgenti que, encaramada en la alta colina a unas cuatro millas del mar, se resignaba a morir de muerte lenta, por cuarta o quinta vez, contemplando, de un lado, las ruinas de la antigua Agrigento, del otro, el puerto del naciente poblado. Y en su puerto, Milio se había encontrado con otros varios intérpretes, cada cual más competente que el otro, en concurrencia mutua.

Agostino Di Nica, al quedarse solo, tras la marcha de Milio al destierro, se había hecho de oro y había dejado de ser intérprete para dedicarse al comercio con un vaporcito de su propiedad, que iba y venía como una lanzadera, entre Puerto-Empedocles y las dos próximas isletas de Lampedusa y Pantellería.

—¿Y la patria, Agostino?

Este, muy serio, golpeaba con una mano las monedas en el bolsillo del chaleco:

—Aquí la tienes.

Continuaba siendo el mismo, sin embargo; no se había ensoberbecido. La madre Naturaleza, al hacerlo, no se olvidó de la nariz. ¡Qué nariz! Una trompa. Llevaba en la cabeza la misma gorra de paño, con visera de cuero; y a todos los que le preguntaban por qué, con tanto dinero, no se per-

mitía el lujo de usar sombrero, contestaba invariablemente:

—No es por el sombrero, señores míos, sino por las consecuencias del sombrero.

¡Dichoso él!—“Yo, en cambio—pensaba don Paranza—, con toda mi pobreza me toca enfundarme en una levita y acogotarme en un cuello almidonado. ¡Soy vicecónsul!”

Y en efecto lo era; pero si un día no lograba atrapar unos peces, corrían el riesgo de acostarse en ayunas tanto él como su sobrina, aquella pobre huérfana que le dejara el hermano—tan afortunado, él también, que apenas desembarcó en América murió de fiebre amarilla—. ¡En compensación poseía don Paranza las medallas del Cuarenta y Ocho y del Sesenta!

Con la caña de pescar en la mano y los ojos fijos en el corcho flotante, don Paranza, absorto a menudo en los recuerdos de su larga vida, solía mover tristemente la cabeza. Contemplaba las dos escolleras del nuevo puerto, extendidas hacia el mar como dos largos brazos de piedra para acoger en su centro el pequeño Muelle Viejo, que merced a su amarradero disfrutaba el honor de poseer la sede de la Capitanía del puerto y la blanca torre del faro principal; miraba la amplia comarca que se extendía ante sus ojos, desde el *Rastiglio*, al pie del Muelle, hasta la lejana estación ferroviaria; y le parecía que, así como sobre sus hombros se amontonaron los años y las desventuras, así también fueron surgiendo aquellas casas, casi la una encima de la otra, trepando hasta el borde de la altiplanicie margosa que avanzaba sobre la playa, coronada por el pequeño y blanco cementerio. De-

lante de éste, el mar; detrás, la campiña. Herida por el sol poniente, la marga abrasada refulgía blanquísima, mientras que el mar, de un verde obscuro y vítreo junto a la orilla, dorábase todo en la inmensidad trémula del amplio horizonte, limitado por Punta Blanca al Este, por Cabo Rose-llo al Oeste.

Aquel olor del mar entre las escolleras: el olor del viento salitroso que ciertas mañanas, al ir a su pesca, le acometía con tal fuerza que le cortaba el aliento y el paso, obligándole a arrebuajarse; el olor especial que el polvo de azufre, esparcido por doquier, comunicaba al sudor de los hombres afanosos, tostados por un sol africano; el olor del alquitrán, y el de las salazones; el tufo ácido que sobre la playa exhalaba la fermentación de tantos montones de algas secas, mezclados con la arena mojada... todos los olores de aquel pueblo que casi creciera juntamente con él, estaban para don Paranza tan preñados de recuerdos, que, no obstante lo mísero de su vida, érale doloroso pensar que los mismos años que le iban haciendo viejo señalaban en cambio la infancia de aquel lugar, y que mientras éste ganaba en pujanza cada día, al compás de las vidas jóvenes, él iba quedando atrás, viejo y pobre, apartado y descuidado.

Todas las mañanas, al alba, desde la escalinata de Montoro el grito tres veces repetido, con voz estentórea, por un pregonero, llamaba a todos al trabajo de la playa:

—¡Gente de mar, a la faena!

Don Paranza oía desde la cama, cada amanecer, aquellas tres llamadas; y también él se levantaba, refunfuñando, para ir a pescar. Mientras

se vestía oía el chirrido de los carros cargados de azufre: carros sin muelles, con llantas de hierro, que rodaban por el descuidado camino polvoriento poblado de flacos borriquillos enjaezados, llevando ellos también dos panes de azufre a contrapeso. Bajando a la playa, veía la ringlera de gabarras, con la vela triangular amainada a mitad del mástil, esperando la carga más allá del brazo de Levante, a lo largo de la orilla, donde se alineaban la mayor parte de los depósitos de azufre.

Al pie de los montones se plantaban las romanas en las que pesaban el azufre, para cargarlo luego en hombros de los *hombres de mar* protegidos por un saco metido hasta la frente. Descalzos, en pantalones de lienzo, los *hombres de mar* llevaban su carga a bordo, sumergiéndose en el agua hasta las caderas; una vez llenas, las gabarras izaban la vela e iban a descargar en los vapores mercantes anclados en el puerto o afuera. Y así, hasta ponerse el sol, cuando el siroco no impedía el embarque.

¿Y él? El allí, con la caña de pescar en la mano. Y harto a menudo, sacudiendo rabiosamente la caña, le ocurría murmurar entre su barba nivea, lanosa, que contrastaba con lo atezado de la piel, tostada por el sol, y con los ojos grandes, verduscos, bajo las tupidas cejas cerdosas:

—¡Cochino diablo! ¡No me han dejado ni peces en la mar!

II

Sentada en la cama, con su hermoso pelo negro todo revuelto y los ojos hinchados por el sueño, Venerina no se resolvía aún a salir de su alcoba, cuando oyó en la escalera un pataleo confuso entre respiraciones jadeantes, y la voz del tío que gritaba:

—Despacio..., despacio... Ya hemos llegado.

Corrió a abrir la puerta y se quedó asustada, aturdida, exclamando:

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?...

Allí, frente a la puerta, en la angosta escalera, una especie de camilla sostenida penosamente por un grupo de marineros jadeantes y consternados. Bajo una amplia manta de burdo paño yacía alguien, en la camilla.

—¡Tío, tío!—gritó Venerina.

Pero la voz del tío le respondió detrás del fúnebre grupo de hombres que se esforzaba en subir los últimos escalones:

—No es nada, no es nada; no te asustes. Que he pescado también esta mañana... La gracia de Dios no nos abandona... Despacio..., despacio, muchachos; hemos llegado... Aquí, entrad... Ahora lo acomodaremos en mi cama...

Venerina vió junto a su tío un joven de esta-

tura gigantesca, de aspecto extranjero, rubio, de cara un poco ahumada, que traía bajo el brazo un maletín; después dirigió la vista a la camilla, que los marineros, para recobrar aliento, habían depositado junto a la entrada y preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

—¡Pesca, pesca!—repitió don Pedro, provocando la sonrisa de los marineros que se enjugaban la frente...— Un pez de nuevo género... Verdadera gracia de Dios... Vamos, muchachos: despachemos. Aquí, en mi cama...

Y condujo a los marineros con la triste carga al cuarto, todavía revuelto.

El extranjero, apartando a todos, se inclinó sobre la camilla, quitó cuidadosamente la manta y descubrió ante los ojos de Venerina estremecida, un pobre enfermo, casi esquelético, cuyos enormes ojos, de un azul tan límpido que parecían de cristal, se abrían espantados en el rostro escuálido, donde apuntaba la barba; después, con maternal delicadeza, le alzó como a un niño y lo puso sobre la cama.

—Afuera todos—ordenó don Pedro—. Dejémosles solos ahora. A vosotros, muchachos, os gratificaré el capitán del *Hammerfest*.—Y cerrando la puerta, añadió dirigiéndose a su sobrina:—¿Ves? Luego dices que no tenemos buena suerte. Un vapor cada vez que se muere un papa; pero el que llega, es el maná. Demos gracias a Dios.

—¿Pero quién es? ¿Se puede saber qué ha sucedido?—preguntó de nuevo Venerina.

Y don Paranza:

—Nada. Un marinero enfermo de tifus, en las últimas. El capitán me ha visto esta hermosa cara

de imbécil y ha dicho: "Mira, quiero hacerte un regalito, buen hombre." Si este pobrecillo se moría en el viaje, concluía en la boca de un tiburón; por eso ha querido llegar hasta Puerto-Empedocles, porque sabía que aquí se hallaba Pedro Milio, un pez asno. Bueno; hoy mismo iré a Girgenti para que lo reciban en el hospital. Voy antes a ver a tu tía Rosa..., digo, ¡santo Dios!..., a doña Rosalía. Quiero esperar que me hará la merced de acompañarte hasta que vuelva yo de Girgenti. Confiemos en que todo haya terminado esta noche. Espera..., tengo que decir...

Abrió la puerta y dijo unas palabras en francés al joven extranjero, que inclinó varias veces la cabeza, en contestación; luego, al salir, encargó a la sobrina:

—Vete a tu cuarto y no salgas. Volveré con tu tía.

Por la calle, a las gentes que le pedían noticias del suceso, contestaba sin detenerse:

—¡Pesca..., pesca! ¡Rediez!

Forzando la consigna de la criada, entró en casa de doña Rosalía. La encontró en enaguas, con los delgados brazos al aire y una toalla sobre los hombros, en disposición de lavarse la cara con crema de salvado.

—¡Horror!—chilló la tía de cincuenta y cuatro años, escondiéndose de un salto detrás de la cortina—. ¿Quién es? ¿Qué modos son esos...?

—¡Tengo los ojos cerrados, tengo los ojos cerrados!—protestó Pedro Milio—. ¡No miro sus gracias!...

—¡Salga en el acto!—ordenó doña Rosalía.

Don Pedro obedeció y a poco oyó cerrarse fu-

riosamente la puerta del cuarto. A través de ella contó él, entonces, lo sucedido, rogando a doña Rosalía que acudiera pronto.

¡Imposible! ¿Ella, doña Rosalía, salir de casa a aquella hora? Sí, sí... caso excepcional..., pero, y aquel enfermo, ¿era viejo o joven?

—¡Santo Dios!—exclamó don Pedro—. ¿Dice usted eso en serio, a su edad? Ni viejo, ni joven: es un moribundo... ¡Ande pronto!

¡Oh, sí! ¡Antes de que doña Rosalía se decidiera a separarse de su propia imagen en el espejo, tenía que pasar más de una hora. Se presentó al fin, toda emperifollada, vestida como una mona, con un amplio mantón de casimir, cuyos flecos llegaban hasta tierra, sujeto en el pecho por un gran broche de oro esmaltado con colgantes en forma de lagrimones, gruesos pendientes en las orejas, la frente simétricamente entrecomada por unos rizitos pegados no se sabe con qué, y las mejillas y los labios pintados.

—Aquí estoy.

Y sus ojuelos lupinos, guarnecidos de larguísimas pestañas, pidieron a don Pedro admiración y gratitud por aquella vestimenta extraordinariamente rebuscada. (También en otro tiempo habían aquellos ojos solicitado a don Pedro; pero este *Pedro* (1) de nombre, era *pedra* de hecho.)

Hallaron a Venerina muy enfurecida. Aquel joven extranjero se había atrevido a llamar a la puerta de su cuarto y le había dicho no sabía qué blasfemia en su lengua, marchándose luego.

—Paciencia hasta esta noche—manifestó don Pa-

(1) En italiano, *Pietro* y *pietra*. (N. del Tr.)

ranza—. Ahora me voy a escape a Girgenti. Di, ¿ha expresado algo el enfermo?

Despacito entraron los tres a verle. Se quedaron en el umbral, conteniendo la respiración. Parecía muerto...

—¡Dios mío!—gimió doña Rosalía—. Me da miedo... No puedo...

—Os quedaréis afuera las dos—dijo don Pedro—. De cuando en cuando os asomáis a la puerta para ver cómo sigue. ¡Si tirase por lo menos un par de días aun!... Me parece que va a morir antes, y no nos faltaría más. ¡Ah! ¡Qué buenas ganancias me proporciona Noruega!

—Habla bajo, pobrecillo—indicó Venerina, haciendo una seña a su tío para que callase.

—Ya—replicó don Pedro como si aquel infeliz pudiera comprender—. El pobre no tiene la culpa... Vaya, me voy...

Doña Rosalía le detuvo por un brazo.

—Un momento: ¿es turco o cristiano?

—Turco. No se confiesa—contestó de prisa Milio.

—¡Madre mía! ¡Excomulgado!—exclamó la solterona santiguándose con una mano y tendiendo a Venerina la otra para llevársela fuera de aquel cuarto—. ¡Siempre el mismo!—suspiró luego en la habitación de su sobrina, aludiendo a don Pedro, que ya se había marchado—. Siempre con la cabeza llena de pájaros, ese bendito hombre. Si hubiera tenido juicio...

Y aquí, doña Rosalía que aprovechaba las continuas desventuras de don Pedro para hablar con mil reticencias y suspiros del fracasado matrimonio de ella, quiso también ver en aquel accidente la mano de Dios, el castigo de una falta, de una

remota falta de él..., la de no haberse casado con ella.

Venerina parecía muy atenta a las palabras de su tía, pero en realidad estaba pensando, con un sentimiento de medrosa congoja, en aquel infeliz que se moría allí, de aquella manera, solo, abandonado, lejos de su país, donde tal vez lo esperasen su mujer e hijos...

Y en cierto momento propuso a su tía entrar a verle.

Fueron agarradas la una a la otra, de puntillas, y se detuvieron apenas franqueada la puerta del cuarto, alargando el cuello hacia la cama.

El enfermo tenía los ojos cerrados: parecía un Cristo de cera descendido de la cruz. ¿Dormía o estaba muerto?

Avanzaron ambas un poco más; pero al leve rumor, el enfermo abrió los ojos, aquellos grandes ojos cerúleos, espantados. Las dos mujeres se estrecharon más entre sí; después, al verle alzar una mano y hacer un signo como queriendo hablar, salieron a escape dando un grito, para volverse a encerrar en la cocina.

Pasado un rato, al oír la campanilla de la puerta, corrieron a abrir; pero, en vez de don Pedro, vieron ante sí al joven extranjero de la mañana. Corrió la tía, renqueando, a guarecerse de nuevo; pero Venerina, animosamente, le acompañó al cuarto del enfermo, ya casi a oscuras; encendió una vela y se la dió al extranjero, que lo agradeció inclinando la cabeza con una triste sonrisa; después se quedó mirándole apenada; vió que él se inclinaba sobre la cama y ponía una mano sobre la frente del enfermo; oyó que le llamaba con dulzura:

—*Cleen... Cleen...*

¿Pero era aquello su nombre o una palabra afectuosa?

El enfermo miraba a los ojos del compañero como si no le conociese; y entonces vió ella que el corpachón de aquel joven marinero se estremecía; le oyó llorar, inclinado sobre el lecho, y hablar angustiosamente, entre sollozos, en una lengua extranjera. También a ella se le saltaron las lágrimas. Después, el extranjero, volviéndose, le indicó que quería escribir algo. Ella inclinó la cabeza para significarle que había comprendido y corrió a traerle lo necesario. Cuando hubo él concluido entregó a la joven la carta y un monedero.

Venerina no comprendió las palabras que le dijo pero sí entendió, por los gestos y la expresión de la cara, que le recomendaba al pobre compañero. Vióle después volver a inclinarse sobre la cama y besar repetidas veces la frente del enfermo, hecho lo cual se apresuró a salir con el pañuelo en la boca, para ahogar los sollozos.

Tras un rato, doña Rosalía, llena de miedo, asomó la cabeza por la puerta y vió a Venerina que estaba sentada como si tal cosa, absorta y con los ojos llorosos.

—¡Ps, ps!—la llamó y, con el gesto, le dijo—: ¿Qué haces? ¿Te has puesto mal?

Venerina le mostró la carta y el monedero que tenía aún en la mano, y le indicó que entrara. No había ya que temer. Le contó en voz baja la conmovedora escena entre los dos compañeros, y le rogó que se sentase también ella, a velar a aquel infeliz que moría abandonado.

En el silencio de la noche que había cerrado

sonó de pronto, agudo, largo, desgarrador, el silbato de una sirena, como un angustioso lamento humano.

Venerina miró a la tía, luego al enfermo yacente en el lecho, envuelto en la sombra, y dijo en voz queda:

—Se van... Se despiden de él...

III

—Tío, ¿cómo se dice tonto en francés?
—¿Para qué? ¿Quieres llamarme así en francés? Se dice *bête*, hija mía, *bête, bête*. Y dímelo fuerte, ¿sabes?

Pero era digno de otro nombre. Desde hacía ya cerca de dos meses tenía en su casa y cebaba como a un pollo a aquel marinero llovido del cielo. En Girgenti—olvidé decirlo—no había podido hallar sitio en el hospital. ¿Podía arrojarlo en medio de la calle? Había escrito al cónsul de Palermo, pero ya, ya... El cónsul le contestó que atendiese al marinero del *Hammerfest*, hasta que se pusiera bueno, o, en caso de que muriese, le enterrase con decoro, y que después sería reembolsado de los gastos.

¿Qué talento de cónsul! Como si él, Pedro Milio, pudiese anticipar fondos y dar albergue a los enfermos... ¿Cómo? ¿Dónde? En cuanto al albergue, sí: había cedido su cama al enfermo a costa de romperse él los huesos en el diván desvencijado que le metía por las costillas los muelles salientes, de suerte que todas las noches soñaba que yacía tumbado sobre peñascos. ¿Pero podía ir él a la farmacia, a la droguería, a la carnicería a pedir géneros al fiado, diciendo que ya pagaría Noruega?

Allí, bogas y dorados, por el día, y congrio por la noche, cuando se pescaban: si no, nada.

Y sin embargo, aquel pobre diablo había logrado no morir. Debía estar hecho a prueba de bomba, cuando no había podido con él ni el médico del pueblo, hombre de tan buen corazón y tanto amor al prójimo, que despenaba por lo menos un ciudadano al día. No se expresaba así Milio porque en el fondo quisiera mal al pobre extranjero: no, pero—¡Cochino diablo!—, exclamaba don Pedro—, ¿quién más pobre que yo?

Menos mal que no tardaría muchos días en verse libre. El noruego, a quien él llamaba *L'arso* (1) (se llamaba Lars Cleen), había ya entrado en la convalecencia, y de allí a una o dos semanas a lo sumo podría ponerse en camino.

Ya era tiempo, porque doña Rosalía no quería seguir acompañando a su sobrina; declaraba que también ella era soltera (no decía *muchacha* pero lo daba a entender), y no le parecía bien que dos mujeres estuvieran haciendo compañía a un hombre al que ella creía verdaderamente turco, y por lo tanto, fuera de la gracia de Dios. Ya se había levantado, podía moverse y... hay que tener cuidado.

Doña Rosalía no agregaba en estas observaciones a don Pedro, que la actitud de Venerina, desde hacía poco, con el convaleciente, no le gustaba nada.

El noruego había salido de su grave enfermedad para tornar a la niñez. La sonrisa, la mirada de sus ojos lípidos, tenían verdaderamente una

(1) El pobre. (N. del Tr.)

expresión infantil. Estaba aún delgadísimo; pero el rostro había vuelto a su expresión serena y el cutis coloreaba ligeramente; crecía más rubio, suave, aéreo, el pelo que se le cayera durante la enfermedad.

Venerina, al verlo tan tímido, sombrado en la beatitud de aquel renacimiento suyo en un país desconocido, entre gente extraña, experimentaba hacia él una ternura casi maternal. Pero toda la conversación de ambos se reducía, para Venerina que no entendía el francés y mucho menos el noruego, a una variación de tono al pronunciar el nombre de él, Cleen. Así, cuando éste, arrugando la nariz y meneando la cabeza se negaba a tomar alguna medicina o algún alimento, ella pronunciaba el *Cleen* con voz sombría, imperiosa, frunciendo el ceño y mirada severa, como para decir: "Obedezca, no admito caprichos". Si luego él, en un momento de jocunda ternura le tiraba un poco de la falda, cuando ella pasaba a mano, con la cara iluminada por una sonrisa de gratitud y simpatía, Venerina exclamaba el *Cleen* con un tono de estupor y de regaño cual si quisiera decirle: "¿Estás loco?"

Pero el estupor era fingido, el regaño suave, manifestados ambos para calmar los escrúpulos de doña Rosalía que, presente en tales escenas, se hubiera puesto de cien mil colores, de no haber tenido en sus flácidas mejillas aquel tinte rosáceo.

También ella, Venerina, se sentía casi renacida. Habituada a estar siempre sola, en aquella casa pobre y desnuda, sin halagos íntimos, sin afectos vivos, se había abandonado a una melancolía invencible, a un tedio constante: el corazón

se le había secado, y la sequedad del sentimiento alimentaba en ella la tristeza más desconsoladora. Ahora, ni ella misma hubiera podido explicarse por qué sentía tales estímulos de trajinar por la casa, alegremente, de levantarse temprano y componerse...

—¡Milagro! ¡Milagro!—exclamaba don Pedro al volver a casa por la noche con los aparejos de pescar, llevando en sus vestidos y toda su persona el fuerte olor del mar. Hallaba cada cosa en su sitio, la mesa puesta, a punto la cena—. ¡Milagro!...

No estaba acostumbrado el pobre. Entraba en el cuarto del enfermo restregándose las manos:

—*Bon suarre, mossiur Cleen, bon suarre!*

—*Buona sera*—contestaba en italiano el convaleciente con una sonrisa, destacando y casi grabando con la pronunciación las dos palabras.

—¿Cómo? ¿Cómo?—exclamaba don Pedro sorprendido, mirando a Venerina, que reía, y luego a doña Rosalía, que permanecía seria, sentada, ensimismada, con los labios apretados y los párpados graves, semicerrados.

Poco a poco, Venerina había llegado a enseñar al extranjero alguna frase italiana y algo de nomenclatura elemental, por un medio sencillísimo. Le indicaba un objeto del cuarto y le hacía repetir varias veces el nombre hasta que lo pronunciara bien: "Vaso, cama, silla, ventana..." Y que risas cuando él se equivocaba, risas que se convertían en carcajadas estrepitosas si observaba que la tía, tesa en su pubibunda severidad, se mordía los labios para no ceder al contagio de la risa, máxime cuando el enfermo acompañaba con

gestos cómicos las palabras pronunciadas, telegrafando por signos las partes substanciales que le faltaban en el discurso. Pero pronto pudo también decir: *abrir, cerrar ventana, tomar vaso, y hasta quiero acostar*. Tanto, que apoderado del *quiero*, empezó a usarlo con mucha frecuencia, y el empeño que ponía en vencer la dificultad de la pronunciación, daba un tono más terminante de imperativo a la palabra. Venerina se reía, pero pensó atenuar aquel tono enseñando al enfermo a anteponer siempre a su *quiero* un *ruego*. *Ruego*, sí, pero como no conseguía pronunciar correctamente esta nueva palabra, cuando quería algo, esperaba que Venerina se volviese a mirarle y entonces juntaba las manos en gesto de súplica y con esto resultaba más imperioso y terminante que nunca su *quiero*.

La premisa de aquel gesto de súplica era absolutamente necesaria siempre que deseaba a su alcance el maletín que su compañero le había traído del vapor el día en que le desembarcaron moribundo. Venerina se lo daba, siempre con mala gana, sin su contento habitual. Aquel maletín representaba para él la patria lejana: eran todos sus recuerdos, varias cartas y algunos retratos. Mirándole a hurtadillas, mientras que releía él alguna de aquellas cartas y se quedaba abstraído, con la mirada vaga, Venerina le veía bajo otro aspecto, como si le envolviera otra atmósfera que le alejara de ella de improviso, y observaba muchas particularidades de la diversa naturaleza de él, no apreciadas antes. Aquella cajita en la que registraba con tanta insistencia, evocaba en ella la imagen de aquel otro marinero que le había

levantado como a un niño de la camilla para colocarlo en la cama, allí... y que después se había marchado llorando. ¡Y ella se había tomado tantos cuidados con aquel abandonado! ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué recuerdos guardaba con tanto cariño en aquella valija? Venerina se encogía de hombros con un movimiento de despecho, diciéndose: "¿Qué me importa?" Y le dejaba solo en aquel cuarto, para que saborease sus secretos recuerdos, y se llevaba a la tía, que la seguía, asombrada de aquella resolución repentina.

—¿Qué haces?

—Nada. Vámonos.

Venerina recaía de pronto, en tales momentos, en su sombrío tedio, exasperado por una sorda cólera o agravado por un pesar de indefinidos deseos: la casa se le antojaba vacía de nuevo, vacía la vida, y mascullaba enojada: no quería hacer nada, nada...